

tumbres que, según la prolija narración de la Monarquía Indiana (tomo segundo), eran comunes en estos políticos reinos, y solo haré mención de haberse acostumbrado en Michoacan tomar el hombre á la suegra por mujer; y si casaba con mujer mayor, si ésta tenía hija, la daba al marido porque no la repudiase por anciana: conque tenía á madre é hija por mujeres, mas esto no se tenía por buena costumbre sino por abuso abominable.

CAPITULO IX.

SOLEMNIDAD EN LOS ENTIERROS QUE SE
HACIAN A LOS REYES TARASCOS, MUY MEMORABLES.
AÑO DE 1532.

Costumbre fué siempre loable en todas las gentes que se señalaron en la política racional, dar honrosa sepultura á sus difuntos: No eran tan negados á la razón los naturales de estos reinos que ignorasen la inmortalidad de las almas, aunque erraban en la creencia de los lugares á que eran llevadas las almas después de separarse de sus cuerpos. Por esto, cuando moría algún señor, daban aviso á todos sus amigos y parientes, y lo enterraban con particulares aparatos. A los demás no les faltaba, por pobres que fuesen, darles la honra de que no careciesen sus cenizas de humana sepultura; pero en donde más que en otros

reinos de esta América se ostentó la magnífica pompa de darles sepultura á los reyes, fué en Michoacan; en tal grado, que el grande historiador Torquemada se halló compelido á formar de estas ceremonias obsequiosas, particulares capítulos, de que haré relacion sucinta. Luego que el Rey sentia los cansancios de la vejez, nombraba por sucesor uno de sus hijos, y haciale que comenzase á gobernar á su vista para darle instrucciones en su reinado y que á su sombra se imprimiese el señorío sobre sus vasallos. Cuando le acometia la enfermedad última, acudian todos sus médicos, que era crecido número de empíricos herbolarios; y creciendo el peligro, llamaban otros de todo el reino. Si no obstante esto se advertia de muerte el enfermo, daba aviso el nuevo Caltzontzi por todo el distrito de su gobierno, mandando acudiesen todos los magnates á hallarse presentes á su muerte y entierro. Venian con presteza los Caciques, capitanes y cuantos tenian algun cargo honroso, y el que en esta ocasion no acudia, era reputado por traidor. Conforme iban llegando, daban al rey mozo sus pesames de la enfermedad de su padre, y le ofrecian ricos presentes. Cuando ya le desahuciaban los médicos, se prohibia á todos el entrar á visitar al doliente, y ponian á los (delincuentes), digo, huéspedes, en unas salas del palacio, y allí

los entretenian hasta que el Caltzontzi espirase; y los presentes que le traian ponianlos en un portal que estaba allí en lugar patente, donde tenia su silla el Rey y estaban las armas ó insignias de su reinado, como en las salas de los reyes el dosel y silla vuelta á la pared que representa la majestad real con que son convidados.

Muerto el Rey, el sucesor daba aviso á los demás señores concurrentes al espectáculo, para que entrando dentro levantasen las bocas y llorasen á su Rey difunto, y todos juntos le amortajasen con las propias ceremonias que usaba su profesion gentil. Lo primero que hacian era lavar todo el cuerpo, y luego vestirle una camisa, y despues calzarle el catle, timbre heróico de su valor, poniéndole en los tobillos unos cascabeles de oro y en las muñecas unas sartas ó manillas turquescas. Ponianle en la cabeza un trenzado de pluma con mucha argenteria, joyas várias y apretadores de gran valor, y en la garganta muy ricos collares y gargantillas: en las orejas sus arillos y orejeras de oro. Atábanle en los molledos dos brazaletes de oro, y en la boca un broche de esmeralda, pendiente del labio inferior, que llama el tarasco *tentell*, que significa la piedra de la boca. Concluida la disposicion de este adorno fantástico, estaba ya compuesta una cama de mantas de diversos colores sobre un tablado alto. Puesto el

cuerpo sobre la cama ó desmentida tumba, lo cubrían con una manta, en que estaba pintado ó retratado el cadáver con los mismos adornos. Entónces salían las mujeres y lloraban con muchos suspiros y amargos sentimientos. Hecho ya el túmulo, y puesto el cuerpo en las andas, se empezaba á ejecutar la ley de que muerto el Rey muriesen los que le habian de servir en el otro mundo, así hombres como mujeres, los cuales señalaba el que quedaba gobernando. Entre las mujeres señalaban siete señoras para que cada una se ocupase en el oficio que le daban. La primera, los bezotes que usaba el difunto Rey los llevaba al cuello, los cuales eran de piedras muy preciosas y de infinito valor. Despues de ésta, señalaban camarera ó guarda-joyas, servidora de copa y otra que diese agua de manos; una cocinera con sus criadas. De los varones se señalaban de todos oficios: ropero, peinador, el que le trenzaba el cabello y otro que le tejiese las guirnaldas, y otro que le llevase la silla, leñador, mosqueador y aventador, zapatero y otro que le llevase los olores, un remero y un barquero, barrendero y encalador, un portero para su real persona y otro para sus damas, un plumadero, un platero y oficial de arcós y flechas, dos ó tres monteros, y algunos de los médicos que le habian errado la cura; un decidor de

cuentos para divertirle, porque no faltase en el infierno oficio tan ocioso; un tabernero, y últimamente, los músicos. Estos eran los que morían con él para servirle en el otro mundo, como si allá se habian de ver y tratar como por acá, sin otros muchos que, pensando complacer al rey difunto, para que les hiciese mercedes, se ofrecían espontáneamente y de buena gana á la muerte, si bien no se les permitía que llegase á tanto la fineza que manifestaban, estorbándoles que se entregasen á la muerte, y se les agradecía su buena voluntad.

Prevenida la pompa, y junto el acompañamiento, á média noche en punto sacaban de palacio el cuerpo, y por delante todos los que habian de morir, con guirnaldas de flores en las cabezas y embarrados con una tinta amarilla que sacaban del *zacatastlale*, en hileras, componiendo una larga procesion delante de las andas del difunto. El doble, en lugar de campanas, se hacia tañendo con unos huesos de caimanes ciertas rodelas de tortugas. Iban las andas ó ataúd en hombros de los señores principales, que aparecian vestidos de las insignias con que habian servido á su Rey. En medio de muchas luces resonaban bocinas y caracoles, interpoladas estas voces con las canciones que en tono lúgubre se habian compuesto en alabanza del difunto. Otros se ocupaban en

barrer y limpiar las calles y caminos hasta llegar á los patios del templo, donde estaba preparada una gran pira de leña seca; y dando al contorno cuatro vueltas, colocaban sobre el último tramo de la hoguera el difunto cuerpo con todo el aparato y atavío, y entónces renovaban sus cantos lúgubres los parientes; y pegando fuego á la leña, que era de pino muy seca, levantaba la llama con gran presteza, y en tanto que ardía la carne y huesos del desventurado Rey, mataban con porras y macanas todos los criados que habian de servirle en la otra vida, embriagándolos primero para quitarles el temor que es tan natural de morir. Estos que perdian la vida ofreciéndose de su voluntad al sacrificio, los enterraban detrás del templo con todos los adornos, joyas é instrumentos que llevaban, arrojándolos de tres en tres, y de cuatro en cuatro, en unas hoyas profundas, para pasar de ellas al abismo. Duraba esta funcion desde la média noche hasta rayar el día, sin cesar todos aquellos que habian acompañado al cuerpo de atizar el fuego, para que se quemase más presto. Reducido, finalmente, en cenizas al tiempo de salir el sol, juntaban aquellos despojos de la muerte con las joyas ya derretidas y las piedras preciosas que habian escapado del fuego con algunos huesos, y de todo formaban un bulto, adornado con las

mismas galas y ceremonias del entierro, figurándole el rostro con una máscara, una rodela de oro en las espaldas y poniéndole al lado un arco y flechas; y hecha una sepultura de más de doce estados, de proporcion cuadrada, la adornaban con muy finas esteras, y en el medio una cama de madera en que le colocaban, tomando el bulto ó momia en sus brazos el sacerdote, que solia llevar sus dioses á cuestas. Este lecho se componia de rodelas de oro y otras muchas cosas de plata. Poníanle asimismo muchas ollas, jarros con vino de maíz, y diversas viandas. Dentro del sepulcro, en una tinaja grande, metia aquel sacerdote el bulto, y lo sentaba vuelto el rostro al Oriente, y cubierta la tinaja, se salia. Echaban luego sobre esta tinaja y cama muchas mantas, y llenaban el hueco con petacas de caña llenas de plumajes y aderezos de aquellos con que solia bailar el Rey y salir á fiestas, poniendo otras muchas cosas de grande valor y precio con que enriquecian el sepulcro.

Cubríanle despues curiosamente con vigas y tablas embarnizadas por encima, quedando como bóveda, á diferencia de las otras sepulturas que se llenaban de tierra. Concluido el entierro, todos los que habian tocado el Caltzontzi y á los demás cuerpos, se iban á bañar, por preservarse de alguna enfermedad, y luego volvian todos los

señores, y otra mucha gente que los acompañaba, al patio del real palacio, y allí sentados todos por su orden en curiosos asientos, les ministraban una espléndida y muy larga comida: acabada ésta, daban á cada uno un poco de algodón con que se limpiaban el rostro, y estábanse en aquel patio sentados, tristes y las cabezas bajas, cinco días. En todo este tiempo, ninguno de la ciudad molía maíz en piedra ni se encendía lumbre en los hogares; cesaban los tianguis ó mercados y comercios, y ninguno cruzaba las calles, retirados todos á sus comercios (digo) casas, haciendo el duelo y ayunando en memoria del Rey difunto. Los señores de las provincias iban á la sepultura á llorar y velar el sepulcro por su orden y concierto; y en esta guarda de cosas y ceremonias andaba muy solícito el hijo que le sucedía en el reino, para que la ostentación de tan solemne aparato fuese solo consuelo de los vivos, y en tales circunstancias, como éstas, para mayor tormento de los muertos.

Esta pompa y estas ceremonias que se han referido, solo eran propias de los reyes y personas muy principales en sus respectivos señoríos; en orden á los demás indios tarascos que morían, se ejecutaban sus entierros conforme á su posibilidad, y se usaban entre ellos unas ceremonias bien supersticiosas, como se puede ver en la Mo-

narquía Indiana de Torquemada, cap. 47, lib 13, que no traslado aquí por ahorrar prolijidad. Por lo regular se enterraban en los campos, y buscaban de propósito estos indios para sus sepulcros las faldas de los cerros. En todo lo que se llama Mal-Pais, por los contornos y avenidas de la hacienda de Itziparamuco, que está distante de Tzintzuntzan como tres leguas, he visto rastros muchísimos de estos sepulcros de los antiguos gentiles tarascos, que vienen á ser unos montes sueltos de piedras puestas á mano, que ocupaban la circunferencia de unas catorce á quince varas poco más ó ménos. Si en estos parajes se ahonda la tierra como cosa de tres ó cuatro varas, se encuentran algunos huesos, piedrecitas de tzinapo muy bien labradas, rejados, escoplos y otros instrumentos de bronce, no habiendo minas de estos metales en los contornos de Tzintzuntzan y de dicha hacienda. La historia nos dice, que ó el V. P. Fr. Juan de San Miguel ó el Illmo. Sr. D. Vasco de Quiroga, como lo veremos en su lugar, les asignó, por la proporción, á estos indios de Tzintzuntzan el oficio de alfareros; pero en los mencionados sepulcros que están en los campos, cuando se exhuman, se han encontrado muchas piezas de barro muy bien labrado, lo que hace presumir que es mucho más antiguo.

CAPITULO X.

EN QUE SE DEMUESTRA EL VALOR DE LOS TARASCOS,
Y SE CUENTA UN ARDID MEMO-
RABLE DE GUERRA CONTRA LOS MEXICANOS.

La mejor ejecutoria para probar el esfuerzo y valentia del Rey de Michoacan y de sus militares escuadrones, es haberse opuesto siempre al Emperador mexicano, que, como consta de la Monarquía Indiana, tenia sujetos á su vasallaje casi á todos los reyes comarcanos, consiguiendo á fuerza de repetidos combates muy esclarecidas victorias. Consta tambien de las historias antiguas de esta Nueva-España, que la siempre valerosa República de Tlaxcala resistió en tiempo de su gentilidad con esfuerzo heróico á las armas mexicanas, y otra República soberana, tambien independiente del Imperio Mexicano, que fué la de Matlatzincó, situada en el valle de Toluca; y

con ser de muy cortos limites, se opuso con valor á la dominacion mexicana, al fin vino á rendir vasallaje á la corona de Michoacan.

Nada se oponia casi á las armas victoriosas del inclito Moctezuma segundo; esto mismo deseaba conseguir su orgullo en el dilatado reino de Michoacan; pero encontró tal resistencia á sus designios en el rey tarasco, que se dió por contento con reforzar las fronteras en la raya de ambos reinos, teniendo siempre fortificados sus presidios y en continua guerra sus centinelas. En tiempo que gobernaba el imperio de México el famoso emperador Moctezuma, habiéndole presentado un capitan de los tlaxcaltecas cautivado en la guerra, y de tan famoso nombre, que al oírlo nombrar los enemigos huían despavoridos de su presencia, no permitió lo sacrificasen á sus dioses, mas ántes le hizo muchas y aventajadas mercedes, dándole permiso para volverse á su tierra: pero nunca el capitan Tlalhuisiole (que así se nombraba) quiso aceptar la libertad, ántes pedia con instancia le ofreciese á los dioses. Moctezuma, complacido de su valor, no asintió á la peticion del tlaxcalteco, y en este tiempo que le prolongó la vida se le ofreció hacer la guerra á los del reino de Michoacan. Fiando pues en la valentia de este cautivo, lo mandó llamar y lo hizo capitan general del ejército, el cual, aunque enemigo de la

gente que llevaba, la gobernó y rigió como si fuera propia. Marchó con todo su campo, y plantando sus banderas en las fronteras del Tarasco, que como dicho es, eran Taximaroa, Maravatio, Tzitácuaro, Acámbaro y Tzinapécuaro, presentó la batalla á su enemigo. Oida la publicacion de guerra por el tarasco, acalorado de su furor nativo, tocó al arma, y se arrestó á la pelea con tanto denuedo, que llegada la hora del combate, no hizo poco el mexicano en reprimirlo. Hubo de ambas partes muchos muertos y heridos, y no hizo retroceder el gran tlaxcalteco el ejército tarasco del lugar en que le halló prevenido. Nuestro insigne Torquemada dice, les quitó mucha plata y oro el valiente capitan tlaxcalteco á los tarascos; pero si batallaban cuerpo á cuerpo en el campo, sin petos ni coseletes, poco pudo ser el oro que cogiesen fuera de algunos collares ó manillas de oro que usaban los magnates, y otro tanto es verosímil dejarían los mexicanos en las vueltas y refriegas que trabaron con los tarascos. Lo que es digno de ponderar en este hecho es, que un ejército del señor mas poderoso del Occidente, comandado de un general tan valiente, no le hiciese dar un pié atrás al tarasco, cuyo ejército era muy inferior, ni le invadiese alguna de sus fronteras, con que se ve claro, que competia el un valor con el otro, y que si no se conocia ventaja en el

esfuerzo, quedaban iguales en las militares empresas.

Muy digno de celebrarse fué la ardidosa batalla y la más ilustre victoria que consiguó el rey de Michoacan contra el poderoso orgullo de Moctezuma: cuando mas colérico y picado de los pasados encuentros, esperaba ocasion oportuna para desfogar sus iras, se le ofreció una á su parecer muy del intento, y para darle expediente alistó cuadrillas y dispuso el más numeroso ejército que hasta entónces se habia visto. La noticia de este formidable aparato de gente llegó con presteza á los oídos del tarasco, y conociendo ventajas en lo numeroso de las tropas enemigas, que no equivalian en la tercera parte, le puso en consternacion su corona, y advirtiéndole que no le bastaban las manos de los suyos, aunque tan esforzadas, por ser respecto de las enemigas tan diminutas, se valió de un ardid de guerra en que era muy ingenioso. Mandó juntar con abundancia bastimentos de comida y bebida, y haciéndola conducir en hombros de indios, fué marchando su ejército hasta hacer rostro al campo del emperador mexicano, y en vez de escuadronar sus soldados, plantar sus estandartes y fijar sus pabellones, fueron tendiendo en el campo la comida y bebida, por todo el lienzo que cogia la copia militar de México, y al embestirlos éstos

dieron en correr los tarascos fingiéndose fugitivos, y los mexicanos los seguían ya como victoriosos. Dieron de improviso en la comida y bebida abundante que el campo les ofrecía, y ellos mas hambrientos que belicosos, soltando las armas se entregaron á comer y beber muy de propósito. Cuando ya les pareció á los tarascos tendrían enervadas las fuerzas con la abundancia del vino, volvieron muy de pensado sobre ellos, haciendo tal destrozo en el ejército, que los más quedaron muertos, y muchos cautivos de los tecos y matlatzingas, siendo hasta hoy funesto monumento de esta victoria los innumerables huesos que se ven en el campo que media entre Maravatío y Tzitácuaro.

Los tecos cautivos, que eran de ánimo belicoso, fueron llevados á la Corte del rey Caltzontzin, y á la ciudad de Pátzcuaro, donde permanecieron muchos años con mucha lealtad como inferiores y sujetos á la valentía industriosa del rey tarasco. Los matlatzingas, primeros fundadores del grande y copioso pueblo de Charo, parece dar á entender nuestro cronista el reverendo padre Fr. Alonso Larrea, fundarian á Charo en esta ocasion, aunque no lo expresa por lo claro; pero me asienta mas la fundacion que el venerable padre Fr. Diego Basalenque describe en la historia de su muy santa provincia de S. Nicolás de Michoacan, (*) y es en

(*) Basalenque, lib. 1, cap. 15.

esta forma: La gente de este pueblo no es tarasca, y de una lengua singular que se llama pirinda, por estar en medio de los tarascos entre Tzintzuntzan y Charo. Perdieron estos indios forasteros su antiguo nombre, pues eran naturales de la república matlatzinga, trayendo la denominacion de donde eran nativos. Llamábanles así los mexicanos, porque les hacían las redes con que pescaban en sus lagunas. Su venida á esta provincia de Michoacan se halló escrita en un libro antiguo que uno de los primeros bautizados escribió en lengua pirinda. En tiempos antiguos (desde la relacion) hubo un rey en Tzintzuntzan, á quien llamaron Characu, que quiere decir el rey niño, en cuyo tiempo le iban haciendo guerra y entrando por su reino por la parte del Poniente los indios tecos, y otros parciales suyos, que lo ponían en aprieto. No bastando sus soldados para reprimir á estas gentes enemigas, se valió de los vecinos de su reino, cuales eran los matlatzingas, gente belicosa y adversa á los mexicanos, á quienes por fuerza reconocían con los tributos: pidióles socorro, viéndose en la precision de valerse de tropas auxiliares, extranjeras, y por no ignorar que á más de la enemiga natural que tenían contra los mexicanos, era mayor la que profesaba contra los tecos, que eran de la jurisdiccion de Tecamachalco y de Tecoaac, de lengua popoloca, pue-

bles grandes, cuya vecindad les incomodaba mucho, y por esta razon conservaba una antipatia grande en los de esta nacion. Salieron del partido de Toluca seis capitanes con su gente toda militar, y esforzados, hechos los conciertos de lo que les habian de dar por esta expedicion militar. Llegaron á Michoacan, y fueron muy bien recibidos del Rey, que los despachó bien proveidos á la guerra, con otros de sus soldados. Portáronse los matlatzingas con tanto esfuerzo en la batalla, que conocidamente estos alcanzaron la victoria, dejando muchos de los enemigos muertos en aquellos campos, y muy escarmentados los que escaparon con la vida. Volvieron á verse con el Rey, haciéndole por menudo relacion de sus triunfos; y queriendo éste remunerar sus hazañas dándoles los premios concertados, pidieron se les diese la paga de su trabajo concediéndoles tierras para avecindarse en su reino, por cuanto les agradó mucho el temple benigno de aquella tierra y el agrado que experimentaban en los tarascos, obligándose por este beneficio que solicitaban, á servir al Rey en todas las guerras que se le ofreciesen. Túvolo el Rey á muy buena suerte, y les dió á escoger las tierras y lugares que fuesen más de su gusto, teniéndole él muy especial de que se quedasen en su reino capitanes tan valerosos. Señalaron estos para su domi-

cilio y poblacion de los términos de Tiripitío hasta la raya de Andaparapéo: las familias más nobles fundaron en Charo contentándoles aquel sitio más que otro por los tres rios que fecundan su circunferencia: las familias ménos nobles se situaron en Santiago Undameo, motivándoles á elegir este puesto el cristalino rio que baja de aquellas sierras: del resto de los indios plebeyos se compuso la poblacion de los altos que en estos tiempos se nombran de Jesus y Santa María. Quedó el nombre de Charo al pueblo principal porque quiso el Rey niño honrarle con su mismo nombre, y de la voz Charo, que quiere decir tierra del rey niño, quedó sincopado el Charo que ha cónservado hasta los tiempos presentes, y como encomienda del marques del Valle; pertenece á los señores duques de Terranova, herederos de los Estados de Hernan Cortés.

Para conclusion de este capítulo solo resta saber de qué armas se valian unos reinos contra otros, y el trágico fin que tenian los cautivos apresados en la batalla. Usaban de arcos y flechas, teniendo para rebatir las de los contrarios petos y rodelas, y tambien se valian de macanas, que son como alfanjes muy anchos de madera fuerte y tostada, y en ocasiones que llegaban á estrecharse era horrendo el estrago que hacian con las porras, quebrantando de un solo golpe los

casos del más valeroso y fuerte. El tiempo que destinaban para la guerra era despues de las cosechas, siendo en esto avisados para que no padeciesen los sembrados, ni se talasen sus campos, como sucede en las guerras de continuo. Tenian en mucho que su señor y rey fuese esforzado, y para dar muestras de serlo, acostumbraban que ni los reyes, digo, señores, ni los hijos se pusiesen joyas de oro ni plata, ni mantas ricas de labores, ni plumajes en la cabeza hasta que hubiesen hecho alguna valentía, matando ó prendiendo por su mano á alguno ó algunos en la guerra; por lo cual cuando por la primera vez el rey ó señor prèndia por su brazo á alguno, luego despachaba sus mensajeros para que de su casa le trajesen las mejores joyas y vestidos que tenia, y que corriese la voz de que el rey ó señor habia prendido por su sola persona en la guerra un prisionero, y poniéndole en unas andas le traían como en triunfo, y salian á recibirlo con pompa militar, bailes y cantos, saludándolo primero que al rey ó señor que le habia cautivado. Toda esta honra fingida duraba hasta la fiesta del sacrificio en que lo vestian de las insignias del dios de la guerra, y subido al lugar acostumbrado de los sacrificios, lo sacrificaba el ministro más principal por ser ofrenda del rey ó señor supremo. Con la sangre del corazon rociaban las cuatro partes del mundo,

y la otra sangre recogida en un vaso remitian al señor que lo habia prendido, y con ella mandaba rociar todos los idolos de su palacio en hacimiento de gracias por la victoria. Sacado el corazon echaban á rodar por las gradas abajo el cuerpo, y allí cortada la cabeza la ponian sobre un palo como hoy lo hacen con los ajusticiados. Desollábanle el pellejo, y relleno de algodón, llévanlo á colgar á la casa del rey ó señor por memoria del hecho; de las carnes hacian otras ceremonias que por ser tan crueles no son dignas de que se expresen. Despues de esto podia el señor ó rey ataviarse y usar de ricas joyas en las fiestas y guerras y ponerse en la cabeza ricos plumajes que era la insignia de los valientes.